

## RESUCITAREMOS

Queridos diocesanos:

La certeza de la resurrección de Jesús abre nuestra vida a una gran esperanza. La muerte ya no es lo mismo después de que Jesús la venció. Antes la muerte era sólo muerte, separación de la tierra de los vivos, oscuridad y dolor; pero ahora la muerte es también vida. La resurrección de Jesús nos abre a la esperanza de que, cuando nosotros atravesemos el umbral de la muerte, encontraremos a aquel que es la Vida con mayúsculas. La liturgia no se cansa de repetir estos días: “muriendo destruyó nuestra muerte” (Prefacio I Pascua).

Los primeros cristianos cantaron con gozo esta esperanza grande que nos trae la resurrección. En el canto de alabanza con que comienza la carta de Pedro se dice: “¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva!” (1 Pe 1, 3). Lo más interesante es que esta carta vincula esa “esperanza viva” con el hecho de haber sido bautizados, es decir, renacidos como hijos de Dios. Por nuestro bautismo participamos del misterio de la muerte y resurrección del Señor y, por eso, hemos sido llamados a una “herencia en el cielo”.

San Pablo, por su parte, reflexiona de esta manera: “Si morimos con él, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él” (2 Tim 2, 12). Pablo está convencido de que viviendo unidos a Jesucristo, podremos participar de su resurrección. La comunión con el que es la Vida, la Verdad y el Amor nos otorga una vida que dura para siempre. Si estamos muy unidos a Jesucristo, viviendo una vida como la suya, también gozaremos de una resurrección como la suya: “Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder” (1 Cor 6, 14). San Agustín reflexiona diciendo: “Nosotros somos el cuerpo de la Cabeza en la que es realidad lo que esperamos” (En. in Ps. 85).

Pero, San Pablo, va más allá porque nos dice que podemos vivir ya la vida del cielo (cf. Filip 3, 20). Por el agua y el Espíritu estamos insertados en el cuerpo de Cristo y participamos ya de su vida resucitada: “Habéis resucitado con Cristo” (Col 3, 1) y, en consecuencia, debéis buscar “los bienes de allá arriba”, donde está Cristo. El cristiano vive en la tierra, pero pertenece al cielo. No es necesario esperar al más allá; podemos vivir ya una vida de resucitados, abandonando toda corrupción y buscando lo incorruptible, dejando lo temporal para adherirnos a lo eterno. Es posible vivir el cielo en la tierra, estar implicado en la transformación de este mundo, pero con el corazón y la mirada puestos en el cielo, donde está Cristo.

Somos hombres de esperanza, porque sabemos que, unidos a Cristo, resucitaremos, porque Él murió en lugar nuestro: “muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida” (Pref. Pascual I). Si vivimos con Él, nuestra muerte será una Pascua, un paso al Padre, porque “la muerte ha sido transformada en victoria” (1 Cor 15,54).